

bleza de la Villa. Día diez y ocho al medio día con muchos pausados golpes de campana como es estilo en funciones funerales de personas señaladas, se comenzó el doble tan lugubre y lastimoso que á todos enternecía, y sin hablar palabra solo se explicaban con la terminación de los ojos, haciendo eco todas las campanas de las Iglesias, y como apostando á quien se dilatara más en esta demostración dolorosa. Dispúsose la Iglesia del Oratorio que es muy capaz, con muchos asientos para los convidados, y vestidos de negro sobre los altares dió industria un amartelado del Difunto para que todo el pavimento del Templo se cubriese de paños negros que con todo gusto prestaron en piezas enteras los dueños de aquellos Obrages que tiene la Villa. En medio de la Capilla mayor se puso una espaciosa tarima baja según el estilo de los Oratorios y se colocó una representación del Cadáver con vestiduras sacerdotales, y una calavera con bonete borlado y museta de Doctor representando al Difunto, y toda la tarima con borchones que en sus misteriosas luces daban á conocer la frialdad que ocupaba los corazones.

Poco después de las tres de la tarde comenzó á oírse el concurso llamado del doble de las campanas; asistió debajo de masas todo completo el muy Ilustre Cabildo y tomó asiento en sus bancos señalados. La Comunidad entera del Convento Franciscano tomó su lugar. Vinó toda la Noblesza vestida de negro, y el Señor Licenciado Juan Eclesiástico y Capa por su Magestad Don Juan Manuel de Villegas vino con todo el lucido clero de la Villa con sobrepellis, y se vistió con otras dos capas de coro para cantar la Vigilia. El cuerpo todo de Padres del Oratorio como doctores de su Padre Difunto se sentaron en el Presbiterio con sus mantos negros, y se dignaron lastimados de mi dolor ponerme en cabecera con mi hermano el Preposito y los Sotrnos Filipenses que eran tres, para hacer el duelo más vivo. Cantóse la Vigilia con mucha solemnidad, y los músicos bien ensayados desempeñaron su Capilla. Estaba ya puesta una Catedral en un pilar del Crucero vestida de luto y acabada la Vigilia subió el Bachiller Maestro de Latinidad Padre Don José Manuel López de la Cruz y aunque era Congregante Joven mostró su lucido talento en la Oración fúnebre latina que representó con voz pausada, clara y sentenciosa, dando á cada período el sentido que pedían las voces, y con energía retórica, significando lo que más pudiera mover á sentimientos, y en fin, al parecer de los inteligentes que le oyeron, se granjeó los aplausos que él por su humilde genio miraba muy lejos de su capacidad y talento. No se tiene noticia de haber en tiempos antiguos honras con oración latina, y pudo esta cele-

brarse en dicha Villa por primera. Siguióse luego un solemne responso en la Tumba, y con esto se concluyó la función de la Iglesia por la tarde, yéndose cada uno para su casa esperando el día siguiente para repetir con su presencia la pompa funeral y piadosa. No he hecho memoria del numerosísimo concurso de gente pobre y vulgar, y solo puedo asegurar que el ámbito de la Iglesia era poco para los hombres, y mucha parte de los bancos ocupaban señoras principales que habían conocido al Padre, muchas de ellas hijas de confesión, y otras que no lo trataron venían atraídas de la voz y forma que de su rara virtud habían oído. — Amaneció el viernes diez y nueve de Julio y á las ocho y media de la mañana comenzó la rueda en golpes repetidos de varias campanas al modo de las Iglesias Catedrales, y á las nueve en punto firmó ya el mismo concurso de la antecedente tarde se comenzó la Misa de Réquiem con armonioso aunque lugubre canto, y para ella se vistió el mismo Señor Beneficiado de la Villa con dos señores Sacerdotes antiguos de su elección y formaron coro aparte todos los del Venerable Coro vestidos de sobrepellis, y acabada la Misa tomaron asiento en este Coro los del Altar, y subió al Pulpito á recitar el Sermón Fúnebre el Padre Don José Antonio Ramos de Castilla Presbitero de aquel Oratorio, Maestro de Filosofía y Notario del Santo Oficio, con pronto lucimiento como prometían sus muchas prendas de orador cristiano. Eran sus voces tan sentidas, que apenas se escapaban en los oyentes las lágrimas cuando volaban á tomar su corriente con los nuevos casos que iba refiriendo de el que fuese en aquel mismo Templo Preposito, Piedra Fundamental, Espejo de Sacerdotes, Predicador Apostólico, Confesor irrecusable, Maestro de vivos ignorantes y vivo dechado de ejemplares virtudes. — Fue ajustadísimo el tema, la división nacida del texto, los apoyos de Escritura muy del intento, las exclamaciones muy eficaces, sus humanidades trahidas sin violencia y todo el artefacto del sermón sin apartarse del asunto. Duró cerca de dos horas, pero lo escuchaban con tal afecto que dispensaban la tardanza por hacerse cargo; deseaba el orador dar á conocer las muchas virtudes y prendas que había el Señor depositado en aquel su fidelísimo Siervo. Lo que yo noté fue haber acabado tan difusa oración con la entereza de voz con que comenzó, siendo desde los principios tan ferviente, que pudiera en otro esperar acabaran sus clamores en roncus períodos. Cerróse la función á las doce con un cantado Responso, y se entró la Comunidad del Oratorio á la Sacristía, y allí remó todo el noble concurso los pesames, que no podían corresponder los dolientes con palabras y sustituían con lágrimas lo que habían de articular las voces. Yo confieso de mí que fue favor especial de Dios no haber caído de golpe sobre mis achaques y abreviado mis días, habiendo morado entonces más que en toda

mi vida, tal era la fuerte imaginación de lo que había perdido. Tal la viva Imagen que miraba en mi error del más amado Hermano! Pero me quedó el consuelo de que con resignación sacrificaba mis lágrimas a quien nos enseña a morir en la muerte de su amigo Lázaro y antes de espirar en la Cruz.

Capítulo XXXLX y último. La buena fama que dejó en la Europa y en estas Indias.

Difícil es un curioso si la Pintura había sido más obra del amor que del ingenio, porque si fué ingenio la industria de su invención, no es menos amante el cuidado de mantenerla siempre al registro de los ojos. El fin que pretendió el inventor de la pintura segun San Isidoro li. 19. orig. c. 17. es poner a vista de la memoria la cosa ausente; sirve en el Manto de consuelo para la veracidad, y los mudos colores de la tabla representan como vivos los Padres, hermanos y amigos ya difuntos, y aun parece que escuchamos sus voces cuando contemplamos sus semblantes. Es la pintura una sombra que acompaña, es una memoria memoria que entristece, es muda y sin voz, pero habla a los corazones, parece que escucha lo que se le dice a aquel retrato. Es tan natural formar retratos para el recuerdo, que Octavia, hermana del Emperador Augusto por morir sola la vida sin consuelo a su hijo muerto no permitió se lo retratasen por no tenerlo a la vista, como notó Séneca li. de consolat. Me ha valido de la pintura para sacar por ella el retrato de la buena opinión y fama que tuvo cuando vivió nuestro Heroe, y que se conserva sin marchitar sus colores después de su muerte. Vivió estaba el Padre y ausente en la Europa cuando lo eligieron varias veces por Superior de su Oratorio esperanzados de lograr breve su venida, y para suplir su ausencia y darle la honra de Superior, discurrió el cariño de sus hijos colgar su retrato en el lugar señalado para el Superior, y a un lado tomaba asiento el que sustituiría su persona: así conservaban su fama, así apreciaban su buena opinión de Varón virtuoso. Murió el Padre, y luego procuraron para perpetua memoria poner su verdadera Efigie a la vista de todos como se ve en uno de los Esculturas del Oratorio, y que su pintura sobreviva como las Estatuas de los Heroes Romanos para infundir á sus congregantes para imitar sus virtudes. Conduce a su buena opinión lo que en varias ocasiones se observó en un retrato del Padre Juan Antonio, y era el que hizo pintar su virtuosa madre cuando se despidió de ella su más querido hijo para partir a la Europa. Vino a parar esta pintura a manos de una hermana del Padre, Doncella muy virtuosa que se mantuvo muchos años en un Recogimiento de Doncellas hasta su muerte, y

con ingenua sinceridad me aseguró muchas veces haber visto el retrato de su hermano en días de San Felipe Neri como encendido y vivos los colores de las mejillas; Otras veces admitió cierto sudor y señal de lágrimas, que admirado lo hizo registrar a otras de sus confidentes compañeras sin descubrir en la pared humedad ni causa natural a que poder atribuirlo. El año que murió el Padre aseguraba parecerle pálido el semblante y le hizo imaginar si acaso sería ya difunto. Todo esto no lo refirió por maravilla, sino para que se vea que la pintura parece escuchaba los suspiros de quien le hablaba como hermano, desusa de su presencia, y en los varios aspectos que se le figuraban presagiaba sencilla y piadosamente lo favorable o adverso que podía suceder al dueño aquel retrato. Es de advertir que esta hermana muy virtuosa se confesó mucho tiempo con su hermano el Padre Juan Antonio penitente por su Director, y aun estando ausente en España le escribía, y daba documentos para su gobierno espiritual, y cuando se hallaba congojada con algunas tribulaciones, desahogaba con el retrato del Padre sus fatigas, y haciendo recuerdo de sus consejos sentía alivio en las penas que por entonces ofuscaban la luz de su entendimiento. — Aunque viéndolo el Padre se ofuscaron algunos con las mismas luces de sus buenos ejemplos, fueron muchos más los que siempre tuvieron alto concepto de su sólida virtud. Haré solo mención de aquellos sujetos que por su dignidad, virtud y letras se concilian especiales recomendaciones, como quienes saben separar lo precioso de lo vil, el oro del cobre, y lo aparente de lo que es en realidad sólido. Cuanto el año de 1725 estuvo este humilde Padre en la Santa Ciudad de Roma, la mayor parte del Año Santo logró repetidas veces besar el pie y la mano del Vicario de Cristo Nro Smo Padre Benedicto XIII, y le debió tal dignación, que fué con su Santidad largas conferencias sobre la multitud de Infieles de esta Nueva España y la mucha necesidad de Operarios Evangélicos, y escribió el Padre que con lo que le informaba al Santo Pontífice se ponía en lágrimas, y le agradecía el celo que de su parte mostraba para remedio de las almas perdidas. Remuneró su piedad con darle la Bula confirmatoria de su Oratorio, concediéndole plenaria indulgencia para sí y sus consanguíneos hasta el cuarto grado en la hora de la muerte, con muchas Coronas de Agnus, medallas con indulgencia y otras Reliquias. El Eminentísimo Señor Cardenal Don Luis de Belluga y Moncada hizo tal estimación del Padre Juan Antonio desde que lo comunicó en España, que cuando se vie-